

BIBLIOTECA DE LOS SINDIC

13/2

AUGUSTO  
VIVERO



25  
CFS

LAS SANTAS GARRAS  
DE LA SANTA IGLESIA

Ayuntamiento de Madrid

# La Novela Proleta- ria

Esta in-  
comparable se-  
rie lleva  
publica-  
dos los  
números  
siguien-  
tes:



É  
X  
I  
T  
O

- Núm. 1.—«Sindicalista de acción», por Augusto Vivero.  
Núm. 2.—«Una pedrada a la virgen», por José Antonio Balbontin.  
Núm. 3.—«Las Animas Benditas», por Eduardo Barriobero.  
Núm. 4.—«La caída del Dictador», por Angel Pestaña.  
Núm. 5.—«Mi dama y mi star», por Angel Samblancat.  
Núm. 6.—«¡Pero mató a un burgués!», por Carrasco.  
Núm. 7.—«Las calaveras de plomo», por Salvador Sediles.  
Núm. 8.—«El Confidente», por Eduardo de Guzmán.  
Núm. 9.—«A tiro limpio», por Augusto Vivero.  
Núm. 10.—«La Bomba», por Rodrigo Soriano.  
Núm. 11.—«Un ensayo revolucionario», por Mauro Bajatierra.  
Núm. 12.—«¿Dónde está Dios?», por César Falcón.  
Núm. 13.—«Infamias», por A. Jiménez.  
Núm. 14.—«La ley de fugas», por Emilio Mistral.  
Núm. 15.—«Abel mató a Caín», por Ramón Franco.  
Núm. 16.—«Un periodista», por Ramón Magre.  
Núm. 17.—«El enchufista», por A. Vivero.  
Núm. 18.—«Noche Roja», por R. Soriano.  
Núm. 19.—«Resignación, hermanos!», por Salvador Sediles.  
Núm. 20.—«El Agente confidencial», por César Falcón.  
Núm. 21.—«¡La guerra que viene!», por Augusto Vivero.  
Núm. 22.—«¿Quo Vadis, burguesía?», por Hildegart.  
Núm. 23.—«La lucha del soldado rojo», E. Madarasz.  
Núm. 24.—«El traidor», por G. Nazarli.  
Núm. 26.—«El crimen de los Kulaks», por G. Kosinks.

Ayuntamiento de Madrid

Los 26 números a reembolso, 4,60



**AUGUSTO  
VIVERO**

Núm. 24

# LAS SANTAS GARRAS DE LA SANTA IGLESIA



**BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS  
EDICIONES LIBERTAD  
ROMA, 41.-MADRID**

Ayuntamiento de Madrid

ES PROPIEDAD

Imp. Campos — Pedro Heredia, r dupdo. — Madrid



## LAS SANTAS CARRAS DE LA SANTA IGLESIA

UNA de las veces que, acompañando a los otros hijos de Dios, andaba Satán por el Cielo de la Biblia (1), pudo ver allí al protagonista de las novelas llamadas Evangelios. Y como para el Diablo, a decir del evangelista Mateo, resulta muy fácil trincar a Jesús y echárselo a cuestras (2), el Mito malo empuñó al Mito semibueno, se lo cargó a las costillas y lanzóse con él por el éter abajo.

En un santiamén dió el Cornudo con su hermano en suntuoso aposento, que tenía casi dos palmos de agua. Un anciano roncaba en suntuoso lecho.

—No es agua—habló el Rabudo—, sino lágrimas. Este sucesor del San Pedro a quien llamaste Sata-nás (3), se halla hoy affligido, aunque roncando.

(1) Job, cap. I, vers. 6 y sig.; Zacarías, cap. III, vers. 1 y siguientes.--(2) Mateo, cap. IV, vers. 1 y sig.--(3) Id., cap. XVI, versículo 23.



—¿Eh? ¿Quién anda ahí? ¡Ladrones!—gritó Su Santidad Triste I irguiéndose raudamente sobre la zona pontificia que le sirve para sentarse. Pero, al ver al último de los hijos de virgen, fué a ponerse las zapatillas para que se las besase Jesucristo.

—*Tu dixisti*—agregó, encasquetándose la tiara—. Nunca hemos gemido tanto Nos. ¡La Iglesia de España padece horrible persecución!

—Sí, hermanito—adujo el Malo—. No le consenten acabar de quedarse con el dinero de todos los españoles. Y aquellos mártires de la Fe han tenido que dirigir a sus verdugos enérgica pastoral. Dice:

«¡Anticristianos! ¿Queréis cortar las uñas a la Esposa de Jesucristo? Pues, por vosotros, no por nosotros, se ha escrito: *«Ninguna cosa más inicua que aquel que ama el dinero, porque ese aún su alma tiene venal.»* (Eclesiástico, X, 10.) Porque los laicos *«no podéis servir a Dios y a las riquezas.»* (Luc., XVI, 13). Nosotros, sí. Y pues llevamos en el bolsillo las llaves celestes, con nosotros no reza lo de: *«con dificultad entrará un rico en el reino de los Cielos.»* (Mat., XIX, 24).

«¡Impedirnos atesorar! Ved que por nuestros perseguidores se dijo: *«Desde el mayor al menor, todos se entregan a la avaricia y desde el profeta hasta el sacerdote, proceden con falsía.»* (Jer., VI, 13). Si la Iglesia fuese pobre, con razón se le recriminara con la frase del profeta: *«Por cuanto despojaste a muchos, te despojarán todos.»* (Abacuc, II, 8). Pero como sobreabunda en riquezas, tiene au-

toridad para deciros: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! Por fuera os mostráis justos a los hombres; mas por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.» (Mat., XIII, 27-28).

—¡No lo creas, oh mezcla de Dios y Hombre!—dijo el de los pies besados—. ¡Se impide a la Iglesia vivir incrustada en el Presupuesto! Y vender el patrimonio artístico al chamarilero que mejor lo pague. Y seguir captando bienes raíces en nombre de lo espiritual. Lo único que no se le ha prohibido es distribuir los dones de la Fe a precios de tarifa.

El Mito semibueno se llevó las manos a su divina cabeza humana:

—¡Estoy apañado!—dijo entre sollozos—. Una de las frases más célebres que me han colgado es la de: «*Al que quisiere ponerte pleito por tu ropa, déjale también tu capa*» (4). Y mi clerecía, después de arrebatarse sus capas a los otros, las defienden gritando: «¡Sacrílegos! ¡Despojáis a Jesucristo!» Aunque yo aseveré no tenía «dónde reclinar la cabeza» (5).

Echóse a reír el Mito malo. Y sonriendo expuso:

—Hermano: entérate. Nunca padeció el mundo avaricia tan repugnante como la de tus jaleadores. Desde que hay Iglesia de Cristo, hay una Avaricia de Cristo.

—Cuenta, Diablo; cuenta—respondió el «Untado con Aceite». Como al Cielo no va ni un cura, sé poco de sus hazañas.

(4) Mateo, cap. V. vers. 40.--(5) Id., cap. VIII, versículo 20.



—Me sentaré sobre el lecho—dijo el Cornudo—, Tú, acostumbrado a caminar sobre las aguas, no te mojas en la charca del lloro pontificio. Yo, sí.

—¿Quieres dejar quieto el rabo?—saltó el de la tiara—. Parece una bicha y yo soy muy supersticioso...

\* \* \*

Habló el Bajísimo, eterno rival del Altísimo:

—Hoy se apoda Iglesia el conjunto de individuos que tiene por profesión llevar unas ropas extrañas, representar a ciertas horas ciertas solemnes pantomimas, y refunfunar disparates en latín bárbaro. Pero, en lo antiguo, decíase Iglesia por Asamblea del pueblo. Ni había curas, ni templos, ni tampoco imágenes. En cambio, sí había en unos la firme decisión cristiana de vivir a costa de los otros.

Pues bien: tales cucos se armaron de infalible ganzúa. ¿Conocéis la novela llamada «Hechos de los Apóstoles», tan notable por sus incongruencias y paparruchas? Allí se lee, tocante a los supuestos seguidores de la supuesta congregación apostólica: «Ningún necesitado había entre ellos, porque todo lo que poseían, heredades o casas, vendiéndolas, traían el precio de lo vendido. Y lo ponían a los pies de los apóstoles, y era repartido a cada uno según lo que había menester» (6).

—¿Y cómo —saltó Jesús—creían en unos apóstoles que nadie viera?

---

(6) Hechos, cap. IV, vers. 34-35.



—Como creían en Tí, a quien tampoco vió nadie. Además, previsoramente, aquel novelón de los «Hechos» propalaba que sucumbieron Ananías y Safira asesinados por Dios, a causa de haber retenido para sinados por Dios, a causa de haber retenido para sí algo de lo que produjo la venta de sus bienes (7). Y, en último término, ¿para qué casas y heredades? ¿No afirmas en los Evangelios, oh Jesús, la impostura del próximo fin del mundo?

En cuanto cayeron bobos en la trampa, dispusieron a medrar los cucos. Y en las cartas clericales atribuídas a San Pablo, ingirieron su trampan-tojo: «¿No sabéis que los que trabajan (!) en el santuario, comen del santuario; y que los que sirven al altar, del altar participan?» (8). Claro es que ni había en el cristianismo santuario, ni altares, ni sacerdocio; pero ¿qué les importaba el absurdo a los ganosos de vivir sin trabajar?

Apenas hubo pitanza, hubo tragones. Para cortarles las uñas se creó los *episcopoi*, «vigilantes», origen de los obispos; y los *presbyteroi*, «ancianos», de donde salieron los curitas barbilindos creados para las devotas menopáusicas (9); y los *diaconoi*, o diáconos...

¡Obispos, presbíteros, diáconos! Las cosas fueron deprisita. «Vende lo que tienes, y dalo a los pobres» (10), fariseaban. Mas, ¡cómo se reían ya del Evangelio! Tan enormes riquezas se les quedaban entre los dedos, so capa de la caridad, que

(7) Hechos, cap. III. -- (8) 1.<sup>a</sup> Corintios, cap., IX, vers. 13.

(9) El Concilio de Trento (ses. 24, cap. XII) creó los curitas de veinticinco años. -- (10) Mateo, capítulo XIX, vers. 21. j

para contener a la Iglesia en su avaricia, ¡el año 303!, ¡al comenzar la cuarta centuria del mito!, los emperadores Diocleciano y Valerio necesitaron confiscarle sus bienes.

¡Contener a la gran Avarienta! Empeño inútil. A la sazón pasaba lo que ahora. Poco después lo describía San Jerónimo: «Dan algo a los pobres para recoger cien veces más; en ellos, dar limosna es acumular riqueza.»

La joven Iglesia estaba ya podridita. Era su dogma—único mantenido sin variación—: el Dinero es el Padre, el Hijo y demás familia. No asombra, pues, encubriese los crímenes de Constantino a cambio de que el repugnante homicida le concediera poseer bienes (año de 313) y recibir donaciones y herencias (año de 321).

¡Las exquisiteces a que se arrojó con ello la clerecía! Fué preciso que en 370 Valentiniano rapase las uñas a los pajarracos de Dios. ¡Y qué pajarracos! «Si los viéreis—aducía San Jerónimo—llegarse con santo y bonachón aspecto a las viudas ricas, no vayáis a pensar que tienden la mano para bendecirlas. No. La tienden para recibir el pago de su falsía.» ¿No se dijera escrito eso ahora? Pues aún dice aquel doctor: «Todo mal tiene origen en la Iglesia. Nadie como los clérigos para estragar a las gentes.»

Con justo acuerdo prohibió Valentiniano a tan ávida gentuza—conocida por el mote vergonzoso de «heredipetas»—heredar de viudas, casadas, doncellas y pupilos. ¡En el año 370! ¡Casi como en



1933 ! «Me abochorna decirlo—clamaba también San Jerónimo en su epístola 34—; pero el agravio inferido a la Iglesia constituye justa punición de su codicia. Se permite al sacerdocio pagano, a los juglares y a las prostitutas recibir legados, mientras ello se prohíbe a los sacerdotes cristianos. Y es que se han vuelto más codiciosos que los histriones . las rameras.»

—¡ Pronto comenzaron !—lloró Jesús—. Para ellos afirmaban haber dicho su «Maestro»: «No apres-téis oro, plata ni cobre en vuestras bolsas. Ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni dos zapatos» (11).

Aquí prorrumpió Satanás en formidable carcajada. Y expuso:

—«¡ Gran siglo, estéril Redentor, el IV de tu mística Esposa ! Allí puedes ver en formación todas las filigranas morales en que la Santa Madre apoya su origen divino.

«Entonces es cuando San Crisóstomo—ahí muy siglo XX—apellida «escamoteadores de testamentos» a los ministros del Señor. Y con razón. La frase perdura. Un Santo nada menos, San Ligorio, instruye así a las generaciones modernas: «Si un sacerdote capta un testamento de manera incurso en pecado mortal... ni él ni la Iglesia vienen obligados a restitución» (12).

---

(11) Mateo, cap. X, vers. 9-10. -- (12) Ligorio, "Teología moral"; Malinas, 1852; t. III, pág. 299. Este "moralista" define también que "un padre se puede arruinar en obras pías, con perjuicio de sus hijos y aun de su legítima" (t. IV, página 34).



«En ese siglo IV, casi perdido en las brumas de la Mitología cristiana, el Concilio de Laodicea reconoce (año 364) ejercer la usura el clero. ¡Bah! Las investigaciones de Delisle prueban que los sacerdotes de las centurias XIII y XIV prestaban al tipo del 22,22 por 100. Y si ahora se físgase un poco en ciertos libros de contabilidad testaferril... Bien. Continúo.

«En aquel siglo IV ya merecen tus ministros, oh «Untado con Aceite», los llame San Justino *«salteadores del templo»*. ¿Te asquea? Psch. Un Concilio, el cartaginés de 398, había excomulgado ya en montón a esos pilletes. Hubo de insistir en 560 el Concilio de Adje. Y aun necesitaron volver a la carga otros.

¿*Salteadores del templo?* ¡Y de todo! En aquel siglo IV lamenta San Cipriano que los obispos sufraguen sus deleites con el producto de las limosnas. ¿Te pasma? Pues dichas lamentaciones abren larga serie. Oye lo que en 1311 hubo de proclamar el Concilio vienes sobre la beneficencia cristiana, siempre igual a sí misma: «La experiencia tiene demostrado negarse los administradores de limosnas y hospitales a recibir en éstos a pobres y enfermos, entretanto dedican a su propio y criminal uso las rentas destinadas a los infelices.» ¡Noble caridad cristiana!

¿*Salteadores del templo* ¿Nada más? Verbigracia: mandó Anastasio prescribiéran los bienes de la consabida Santa Madre a los cuarenta años. Pero en el siglo VI dispuso Justiniano fuese la prescrip-

ción a los ciento. ¡Buena la hizo! Convertida la Iglesia en febril taller de títulos falsos, a base de antiguos, nulos testamentos, cometió rapiñas tales, saqueó a tantos poseedores legítimos, que Justiniano tuvo que restaurar el precepto de Anastasio. ¡Y aún estaba la mística Esposa en el aprendizaje!

—¡Pecadillos de la edad antigua!—murmuró el gerente de la industria cristiana.

—Y de la Edad Media—expresó el Mito malo—. ¿Te quieres convencer, Triste I, de cómo habían mejorado su aprendizaje los «salteadores del templo»? En la España del siglo XIV escribe Juan Ruiz, arcipreste de Hita:

«Yo ví en corte de Roma, do es la santidat,  
que todos al dinero fasen gran homilidat.  
Gran honra le fasçian con gran solenidat.  
Todos a él se homillan como a la magestat.

Fasíe muchos priores, obispos, potentados,  
arzobispos, doctores, patriarcas, potestades.  
A muchos clérigos nesçios dábales dinidades.  
Fasíe de verdat mentira, et de mentiras verdades.

Fasía muchos clérigos e muchos ordenados,  
mucho monges, e monjas, religiosos sagrados.  
El dinero los daba por bien examinados.  
A los pobres desían que non eran letrados.»

—¡Qué ignominia!—profirió Cristo—. ¿Y para eso me inventaron los evangelistas?

—Pues, otro español, López de Ayala, clama en su «Rimado de Palacio»:



«Aquí es ximonía que fase mucho mal.  
A quien tiene oro e plata cinco obispados val;  
aunque sea letrado, si aquesto le fal,  
non le darán beneficio por la su decretal.»

Así añade:

«Agora el pagadgo es puesto en riqueza.  
De le tomar qualquier non toman peresa.  
Maguer sean viejos, nunca sienten flaqueza.»  
Ca nunca vieron papa que muriese en pobreza.»

—¡Ahora caigo!—exclamó el Mito de Galilea—.  
¿No dicen fué Simón Kefas el primer papa? Pues,  
por eso nombran simonía ese comercio. ¡Y aún di-  
cen que arrojé del Templo a los mercaderes!

—Con una terrible agravante, infeliz Mesías—  
repuso el otro Mito—. Aquellos mercaderes no ha-  
cían mal a nadie. Se limitaban a estar fuera del  
Templo, en el pórtico, y allí vender cosas para la  
ofrenda. En cambio, tu culto metió a los merca-  
deres en el templo. Y ¡ay de quien busque desalo-  
jarlos! En seguida se declaran perseguidos. Y el  
Nos se pone triste.

—Pero, ¿qué hace ahora la Iglesia?—sollozó Je-  
sucristo.

—¿Ahora? Tu Iglesia vende hasta los Sacramen-  
tos. Monises, por bautizar. Monises, por casar. ¡Si  
hasta vende la Misa! Pero no la culpes. Tu Esposa  
comercia contigo desde su infancia.

Jesús agachó la cabeza y dijo:

—Va siendo necesario reconciliarse con Judas. Só-  
lo me vendió una vez, y en junto.



El Nos mantúvose callado. Con la coronilla entre las almohadas se distraía sobando los juguetes místicos que nombramos Padrenuestro, Credo, Salve, etc.

\* \* \*

Y agregó el Omnipotente infernal:

—El Bautismo fué de las primeras mercancías clericales. Y dado cómo se compra y vende hoy, poquitos barruntan lo culpable del feo tráfico.

Ya en el siglo IV los mercaderes del templo hacían echar el costo del remojón en la concha del agua «redentora». Pruébalo el cánón 48 del Concilio Iliberense (año de 305), donde hallas la siguiente hipocresía: «Corríjase la costumbre de echar dinero en la concha quienes se bautizan, no sea que el sacerdote parezca otorgar por precio lo que gratuitamente recibió.»

¿Costumbre? ¡Imposición brutal y avariciosa! Lo vemos dos centurias más tarde (572) al describir el cánón 7.º del II Concilio de Braga la soez costumbre de los ministros del Señor:

«Si los que ofrecen sus hijos al Bautismo—dice—dan algo por propia voluntad, sea recibido. Mas si, a causa de su pobreza, nada tienen que ofrecer, no se les tome violentamente por los sacerdotes prenda ninguna, pues, por temor a ello, muchos pobres se abstienen de presentar sus hijos al Bautismo.»

Ahora ya no se atraca de tal modo. ¿No hay «guita»? No hay bautizadura.

Al aparecer en el templo los atracadores de coronilla, se mercanceaba ya con otro de los caldos de cultivo que a las bacterias ofrece la Santa Madre. Por ello, el cánón 4.º de tal Concilio prohíbe al clero seguir negociando con el Crisma.

—Si a eso vamos—interrumpe Triste I—, también lo prohíbe en su cánón 2.º el Concilio de Barcelona, en el año 599. Y muchos Concilios más. ¡Retemuchos!

—Sí; la honrada Esposa mística se ríe de los «conciliadores». Aunque, como los de Mérida (año 666) excomulguen a quien reciba dinero por bautizar y aceitar... ¿No han de reírse viendo las uñas de sus prelados? Porque en el II Concilio de Braga principia la serie de los que, sin fruto, prohíben al episcopado cobrar ¡por la consagración de iglesias!

En verdad es chusco pedirle honradez al clero inferior con lo atrocemente inmorales que son los prelados.

¿No empezaba la clerecía subalterna por comprar el cargo de sacerdote? Nada menos que en el siglo IV amenazaba ya San Basilio de Cesárea con la excomunión a la obispería que fabricase clérigos a tanto por cabeza. ¿Y qué? Desde el año 572 apenas hay Concilio donde los lobos actuantes de pastores no fulminen centellas de guardarropía contra quiénes dan y reciben las Ordenes por dinero.

En todos se halla la misma cantamusa hipócrita. Desde el de Thionville (año de 844) al de Roma, en 1059. Y al gerundense de 1069. Y al leridense de 1229. Y al alcalaíno de 1347. Y al sevillano de



1512. Y al de Trento, en 1552. Y al de Méjico, en 1771. ¿Qué logran? Que los prelados vendan también los beneficios. Y que, por no ser menos, los Papas vendan, sin pizca de rubor, la pluralidad de arzobispados y obispados provistos de copiosas rentas, y hasta cobren por las vacantes.

«Suben a enorme cantidad—escribe en el siglo XVIII Voltaire—las dineradas que se pagaron y se continúan pagando al Pontífice. El procurador general Juan de Saint Román evalúa que en tiempos de Pío II, donde veintidós obispos franceses estuvieron tres años vacantes, nuestra nación hubo de pagar a Roma 120.000 escudos. Más otro tanto por la vacación de sesenta y una abadías. Además, entregó a la curia romana, por provisión de prioratos, decanatos y otras dignidades, 100.000 escudos. Y aun por cada curato recibió a lo menos el Papa 25 escudos.»

Cuanto a España, el informe del fiscal del Consejo de Castilla, D. Melchor de Macanaz (1713), afirma que en solos dos meses sacó Roma del arzobispado de Sevilla, por provisiones de beneficios y vacantes, la enormidad de 800.000 ducados de oro. ¡En dos meses y un solo arzobispado!

Eso, lo del Papa. Pues volviendo a la obispería y a la Edad Media, resulta que por espacio de centurias y centurias, también lo más análogo a un laodrón es un obispo. A imagen del Papa, lo vende todo y lo cobra todo. Cuando no en dinero, en carne. «Señora que deleitáis al señor obispo—dice aún en el púlpito el famoso Maillard—: como preguntéis: «¿Por qué un niño de ocho años obtuvo un be-



neficio?», las gentes responderán: «Porque su madre tiene influencia omnímoda con el señor obispo.»

Tan ratero es el prelado, que la mística Esposa—por impedir la saqué a ella con él y ella despluman a los demás—se instituye en propietaria de cuantos bienes logren los obispos y demás clérigos, en el curso de su vida, por razón del ministerio religioso. Y ello desde los albores de la Iglesia. En el III Concilio cartaginés, cánón 42, y año de 397. ¿No recuerda eso lo de «Quien roba a otro ladrón?...»

Empero, como lo común es que, de obispo abajo, sean tan inmorales como de obispo arriba, en 516 necesita prescribir el Concilio de Tarragona (cánón 12) se haga minucioso inventario de bienes al morir un obispo, y se considere hurto coger u ocultar nada.

¡Que si quieres! Lo cogen. Más aún. ¿No rapiñan los clérigos inferiores las limosnas sin darle al guarduño de báculo su tajada? Por eso, la sobredicha tertulia conciliar de Mérida ordena con sabio industrialismo:

«Canon 14. Mandamos que en nuestras iglesias y ciudades se observe la práctica de que cualquier dinero que se ofreciere por los fieles en la Iglesia, se recoja con fidelidad, y que, del mismo modo, se guarde para presentarlo al obispo, haciendo de ello, «después», tres partes iguales: una, para el obispo; otra, para los presbíteros y diáconos, y la tercera para los subdiáconos y clérigos.»

¡Ay! En ese «después» colocó el Altísimo inapre-

ciable manantial de riquezas para los virtuosos prelados. Aunque ya, por sus latrocinios, pudieran decir como su remoto sucesor en «La Danza de la Muerte»:

«Yo era abastado de plata y de oro,  
de nobles palacios e mucha folgura...»

Porque, desde la niñez de la Iglesia, semejaban, por la mayor parte, a los descritos en el medieval «Rimado de Palacio»:

«Cohedian sus súbditos sin ninguna medida,  
e oluidan conciencia e la santa scriptura...»

Desque la dignidad vna vez han cobrado  
de ordenar la egleſia toman poco cuydado.

En cómo serán ricos más curan ¡mal pecado!  
e non curan como esto les será demandado».

Si tales son papas, obispos y arzobispos, ¿qué harán los tonsurados por dinero sino vender todo lo vendible? Por el canon 18 del Concilio de Chalons se comprueba estar inclusa entre las mercaderías eclesiásticas, desde el año 813, la absolución, por dinero, de las penitencias asignadas a los pecadores públicos.

Lo reprueba dicha tertulia conciliar. ¿Y qué logra? Que prosiga vendiéndose la absolución, como los llamados Sacramentos del Bautismo, Extremaunción y Orden. Que, para mayor suciedad, comience aquel negocio, cada año, el Miércoles de Ceniza. Y que los obispos y sus penitenciarios se hinchen condonando por moneda contante y sonante las ora-



ciones públicas, azotes, ayunos y expulsiones del templo.

Más aún: que amplíen el ruin negocio constituyendo en sus visitas pastorales el «Tribunal de Cristiandad», que impone fulminantes penas canónicas y las conmuta por dinero, también de modo fulminante. ¡Qué de ganancias entonces! Tales son, que los obispos, engolosinados, escogen en cada lugar algunos devotos, por lo común siete, y los juramentan para que les denuncien cuantos delitos lleguen a su noticia. ¡Nobles y virtuosos prelados!

Ya les puede ir, entre otros muchos, el Concilio Lateranense de 1179 con que resulta simonía dar o negar por precio la absolución. Aquella inmoralidad sólo desaparece con la mojiganga de las penitencias públicas y la estupidez de los «llorosos», «oyentes», «prosternados» y «consistentes». ¿Que desaparece? No. Se transforma en negocio de mayores vuelos.

Los mercachifles llaman a sus exacciones «laudables costumbres». Y pues no les basta con ordeñar los Sacramentos, industrializan la carroña. En 485, al reunirse el Concilio de Meaux, nadie puede recibir sepultura sin que la clerigalla cobre un impuesto. La infamia subsiste siglos y siglos, pese a las indignaciones farisaicas de los Concilios. Aún la combate en 1771 el de Méjico. ¿Para qué? Para que en 1933 sólo se haya transformado la industria. El clero prosigue repapilándose con los cadáveres.

También, desde muy antiguo, los «escamoteadores de testamentos» ampliaron su rapiña de las herencias. La Santa Madre impone, como deber, que

todo testador le asigne parte de sus bienes. Y llega en su cinismo a declarar nulos aquellos testamentos donde no intervenga un sacerdote. (Año de 1129, Concilio de Tolosa). ¿Quién explotó la muerte de modo más repulsivo?

Sigamos. En el siglo VI, a más de lo expresado, venden los clérigos la Comunión. ¡Manes de Judas! Si afirma la Iglesia estar tú, Jesucristo, en cada oblea bendita, cada hostia renovó en aquel tráfico el negociajo del hombre de Keriot. Y no se niegue la nueva porquería. Estaba en candelero al efectuarse (año 692) el Concilio Trullano. Y vigorosa rigió mucho tiempo. Lo atestiguan, entre innumerables pamemas prohibitorias, las del Concilio de Reims, año de 1049; las del de Londres, en 1138...

¡Inútiles aspavientos! Las «laudables costumbres» venden la Eucaristía. Venden el Bautismo. Venden la Extremaunción. Venden la sepultura. Venden la Misa, desde que los Papas la zurcen. Todo cae bajo la férula mercantil de los ministros del Señor. Aunque conste desde 1163 (Concilio de Tours) constituye simonía, con o sin «laudables costumbres», exigir precio por bautizar, crismar, sacramentar y sepultar.

Sin embargo, aún queda libre de mercantilismo un Sacramento: el del Matrimonio. ¿Sí? Pues, garras abiertas, la clerecía cae sobre los casorios.

El Nos Inocencio III, ¡buen pájaro!, comienza por oponerse a la flamante inmundicia. Después, prepara uñas y pico, y dispone (año de 1216) se ministren los Sacramentos por modo gratuito; pe-



ro... ¡que los prelados *deben obligar* a los legos a satisfacer las «laudables costumbres».

Y los obligan, ¡vaya si los obligan! Un rapaz Concilio, el de Burdeos (año de 1255), priva de sepultura a quien cierre la bolsa. Otro Concilio de igual calaña, el de Chateau Gontier (1336), excomulga a quienes disuadan a los bobos de soltar la mosca. La industria lleva excelente camino. Un poco más y se acaba con la simonía. Bastará llamarla «derechos de estola y pie de altar», etc., etc.

—Entonces—solloza el Mesías—, ¿qué era un ministro del Señor en aquellas edades?

—Juzga, hermano—replica Satán—por la pintura que nos hace de la clerecía medieval española el «Rimado de Palacio»:

«Quando van a ordenarse tanto que tienen plata,  
luego pasa el examen sin ninguna barata,  
que nunca el obispo por tales cosas cata:  
luego les da sus letras con su sello e data.

Non saben las palabras de la Consagración,  
nin curan de saber nin lo han a coraçon,  
si pueden aurer tres perros, vn galgo e vn furón,  
clérigo de aldea tiene que es infançon.

Luego los feligreses le catan casamiento:  
alguna su vesina, ¡mal pecado! non miento,  
e nunca por tal fecho resciben escarmiento,  
ca el sennor obispo ferido es de tal viento...

Si éstos son menistros, sonlo de Satanás,  
ca nunca buenas obras tú faser les verás.  
Gran cabanna de fijos siempre les fallarás  
derredor de su fuego, que nunca y cabrás.

En toda el aldea non ha tan apostata  
como la su mançeba, nin tan bien afeytada...»

—¡Ahora me explico—dice Jesús—que mi Santa Esposa tenga tan infame reputación, y se la odie por todas partes.

—Pues, para que mejor te lo expliques, fracasado Mesías, ve cómo tu Vicario se puso a explotar el Sacramento de la Confesión. Desde 1512, todo el que quería ser absuelto de pecado debía pagar a la Santa Sede:

Por absolución de usura secreta, 7 carlinos.—Por ídem de calumnia, 7.—Por ídem al que desfloró doncella, 6.—Por ídem al que violó mujer en el templo, 6.—Por ídem al sacerdote abarraganado, 7.—Por ídem al laico amancebado, 8.—Por ídem al que tuvo incesto con su madre, su hermana, etc., 5.—Por ídem al que reveló secretos de confesión, 7.—Por ídem al que mató a su padre, a su madre, a su hermana, a su mujer, etc., 7.—Por ídem al clérigo matador de laico, 7.—Por ídem al laico matador de clérigo, 7, 8 y 9.—Por ídem a quien hizo abortar a su esposa maltratándola, 8.—Por ídem al sacerdote que procuró un aborto, 5.

—Ya, ya me habían dicho—indicó Jesús—que sólo hay, para el Pontífice, un pecado imperdonable: no tener dinero para la compra de absoluciones e indulgencias.

—Y de dispensas, Jesús, y de dispensas—añadió el Mito malo—. Tu pura Esposa, buscando también explotar a conciencia el Sacramento del Matrimonio, inventó larga serie de obstáculos. ¿No das dinero al Vaticano? ¡Imposible la boda entre parien-



tes, naturales o ficticios! ¿Sobornas al Papa? El Papa suprime los impedimentos.

Y así hace siglos. Por cierto que no sólo dispensaba ser parientes los futuros, sino el que hubieran tomado anticipos sobre los deleites nupciales. Ya en 1691 les cobraba, entre otras cosas, a los franceses:

Por dispensar el parentesco de segundo grado a quienes tuvieron cópula: 4.530 libras por el parentesco, mas 2.031 por sus copulaciones. Por casarse con la viuda de aquel a quien se puso los cuernos, 180 libras.

—¿Y para tales indecencias—murmuró Jesús—me achacan haber inventado el Sacramento vaginal?

—¿Cómo para eso? Para mucha mayor rapiña. Para declarar indisoluble el matrimonio y disolverlo cuando se harta en su avaricia a la Iglesia. Bien. Volviendo a las dispensas, apunta, Jesús, un por menor. Lo trae la circular enviada en 1783 por el Consejo de Castilla a los obispos. Entonces España se moría de hambre; pues bien, una de las diócesis más pequeñas, había mandado a Roma, por dispensas, en un trienio, ¡617.000 reales vellón!

—¿Tan productivo es el inmoral negocio?—demandó el pobre Mesías.

—Enorme. Así clama el Papa contra el matrimonio civil... Ya en octubre de 1799 lamentaba el obispo de Barbastro haber podido comprobar, en treinta años, cómo aumentaba día por día el negocio papícola de las dispensas, porque, «en largando el

dinero, se tenía por seguro el logro... lo que hacía correr para los curiales el río de oro español».

—Pero el Estado católico se llamó a la parte— susurró el Vicario de Cristo—. Para ello puso en pie, desde 1778, la Agencia general de Freces a Roma. Que a últimos del siglo XIX recogía para el Estado español seis millones de reales por año.

—Sí. Nos; sí—dijo en mofa Satán—. El Estado español percibía esos seis millones de reales, 30 por 100 de los veinte millones que tú exigías por tus dispensas. Dime, Jesús, ¿cuántas veces hay treinta dineros en los 1.740 reales por que salía cada dispensa? ¿Cuántas, en los muchos más a que se vende hoy? ¿Cuántas, en lo que producen a Roma, por día, los 483 casos o maneras de dispensar que, cada una con su precio, explota Su Santidad?

¡Bah! ¿Qué voy a decirte, malogrado Jesús? En la Lonja de Contratación que fué Casa de Oración, hallas en 1933 aranceles, como en cualquiera otra lonja. Y en los obispados. Y en las nunciaturas. Y en todas las taquillas del Vaticano. Por vender, hasta se vende la bendición del Papa... ¿Vas entendiendo, retevendido Jesús, el por qué tu Iglesia juzga persecución el cortarle un poco las uñas?

Jesucristo elevó los ojos a la atmósfera, llamada cielo en la industria pía:

—¡Padre!—adujo, lacrimoso—, ¿por qué me has abandonado otra vez?

\* \* \*



A cabo de rato expresó el Mito perverso:

—En verdad, Jesús, nunca he podido explicarme de modo satisfactorio en qué consiste la redención que se te achaca. ¿En vivir los hombres defendiéndose de tu virginal Esposa? ¿En que tu jarca sólo piense en atrapar las riquezas del prójimo?

Porque, según viste, desde la cuna tu Cónyuge perdió en virtud—lo atestigua San Gregorio—lo que ganaba en bienes. Así la vemos llamarse a la parte en todas las herencias; declarar suyo lo de los suicidas, inconfesos y muertos *ab intestato*, y lo de quienes morían habiendo profesado en un convento, y lo de los padres del monje o monja, hijo único. Con ello, y lo antes dicho, amnistiar crímenes de monarcas y poderosos, vender Cielo e Infierno, e inventar el Purgatorio para venderlo, tu Iglesia, pobre Jesús, vióse rica, inmensamente rica, dueña de lo más y lo mejor en todos los países.

Ya su espíritu piadoso había descubierto una verdad evangélica flamante: que arrendando sus propiedades «podría favorecer más a los fieles» que vendiéndolas. Y la Santa Madre comenzó «a vivir de sus rentas» desde muy joven (13).

Eso, sí; esforzándose por no pagar ningún tributo; y a la postre (Concilio de Letrán, año de 1179) excomulgando a quienquiera obligase a los clérigos a contribuir a las cargas públicas. Y trabajando heroicamente por agenciarse más tierras, más edificios, mayores rentas.

---

(13) Urbano I, Decretales, 2.<sup>a</sup> parte, cau. 12, cuest. 1.<sup>a</sup>

Entre los medios que empleó desde 585 (Concilio de Macón y siguientes), el más abominable fué declarar forzoso el diezmo, voluntario al principio.

Granos, leche, quesos, miel, lana, todo contribuía, dando a la pura Esposa la cuarta parte de los productos campesinos si se cuenta los gastos de explotación. Ni aun el tener una sola vaca o cabra eximía del hambreador expolio. El cual extendióse muy pronto a la molinería, la caza y la pesca.

Infinidad de lugares hubo en que incluso debían entregar los mendigos el diezmo de sus colectas. Y hasta fué la Santa Madre a cobrar su décima parte a las mancebías. No admire. Desde Sixto IV exigió el papa, rey de Roma, le diese un real por semana toda meretriz actuante en sus dominios. Bien entrado el siglo XVI, producía ello 60.000 ducados oro, anuales, al Vicario de Cristo.

Hizo pagar la Santa Madre hasta los afanes de mejora. En su continuo agravar y extender los criminales diezmos, los cobró por construir albercas de riego, por ensayar cultivos nuevos, por roturar baldíos, por construir casas, establos, granjas de labor...

Sobreañadiendo, la mística Esposa ejercitaba sus derechos feudales de señorío, incalculable fuente de riquezas. Cobraba censos, sobrecensos y entrecensos, discriminando hasta el número de gallinas «de hogar» (para la olla) y «de humo» (para el asado) que debía entregársele. Cobraba por terrazgo, gavillas y moltura. Cobraba por residencia, ganados y acarreos. Y además...



Además, cobraba en trabajo, merced a las prestaciones personales. Con éstas hacía producir sus inmensos latifundios. Con ellas elaboraba sus vinos, sidras y cervezas, entrojaba sus granos, almacenaba su leña, reparaba sus edificios, acopiaba sus víveres, construía sus iglesias, monasterios y molinos, etc.

Pero, ¿qué mucho trabajasen todos para ella y casi únicamente a beneficio de ella? ¡Si hasta cobraba el clero feudal las primicias de la boda! Los ministros del Señor, ejerciendo el derecho de pernada, deshacían la virginidad de la novia la víspera del casamiento. Y cuando ello fué incontinuable, la clerecía feudal hizo de la pernada otra fuente de ingresos: quien no quisiera fuese conducida su novia al monasterio, «jus cunni», o al palacio del señor obispo, había de rescatar el derecho en buena moneda.

Y aun entonces surge otra exquisitez piadosa: los nuevos cónyuges han de abstenerse de todo trato carnal las tres primeras noches. Empero, si desean no abstenerse, con pagar una limosna en la iglesia o en el convento, ya no lo prohíbe Dios. Y aun se intenta... ¿Quién no ha oído hablar de cómo llegaron sacerdotes a exigir de sus feligresas el «diezmo» de las copulaciones matrimoniales? (14). Con tales granujerías, ¿no es justo apellide la Iglesia «despojo» el considerar sus bienes, bienes comunes?

---

(14) Benedicti, "Comentarios sobre las Decretales", Lyon 1522, pág. 452.

—Pero en España—dijo el Nos, balbuciente—hubo una invasión agarena.

—Y menos terrible para los españoles que la que vino después. Cuando comenzó la Reconquista, comenzaron los monarcas a conceder a la gran Avarienta pueblos y más pueblos, territorios y más territorios (15). Allí, la gran Avarienta ejercía el poder absoluto. Los moradores humildes eran sus siervos. ¿Excusa? El asignar rentas fijas a la Santa Madre. Sólo un caso típico: Alfonso V dotó las iglesias del reino leonés asignando a cada una las heredades que juzgó precisas para sufragar con las rentas el esplendor del culto (16).

—¡Grandiosa España la de entonces!—dijo Triste I, suspirando—. Muchos monasterios poseían el privilegio de que nadie, en sus contornos, pudiera vender ni comprar nada, en tanto la frailía no vendiese o comprase lo que le agradaba (17). Los obispos ejercían la jurisdicción civil. Hasta en los pueblos realengos era el fisco eclesiástico quien imponía y percibía las multas y condonaciones pecuniarias.

—Añade—agregó el hermano de Cristo—que aquellos santos abades y santísimos prelados solían ser unos perfectos bandidos, cual los de otros países. Lo atestiguan, por ejemplo, las peticiones 38, 45 y 46 de las Cortes de Valladolid, en el año 1351, y

---

(15) Zurita, "Anales de Aragón", lib. I, cap. 5 y 16. Crónica Yepes, pág. 24; y Ley 3, tít. 25; partida 4. -- (16) Florez, "España Sagrada", escritura 17, en el apéndice. -- (17) Donatio Alphons. VI, apud Yepes, t. VI, pág. 488 b.



que denuncian muchedumbre de ladronicios eclesiásticos. ¿Y por qué, si no por la delincuencia del clero, pretendió Alfonso el Sabio quitarle a tal gentuza la jurisdicción civil? Todo, todo servía para repletar de bienes a la Iglesia y henchirse de paso la clerigalla.

—Pues—siguió—¿y las gabelas con que aquí saqueaba la Santa Madre? A más de las ya dichas, algunas, propias del clero español, eran de lo más infame. Verbigracia, la «Luctuosa». Por ella recibía la Santa Madre la mejor cabeza de ganado que poseía un español al morir. ¿Cabe cosa más cruel que arrebatar en ese amargo trance un buey o una vaca a una familia de labradores? Pues, a fines del siglo XIX aún lo hacía la española Iglesia de Cristo.

Además, cobraba el clero la «Abadía». ¿Qué era esto? Llevarse el párroco, a la muerte de un feligrés, el mejor traje y la cama del finado. Recibir los obispos y dignidades catedralicias, de los herederos de un párroco, la décima de los bienes de éste, su caballería con los arreos, el breviario, la mesa con la vajilla... Y ello, ¡aun a comienzos del siglo XX!

¿Más gabelas? Por la «Mañería» se quedaba la Esposa de Cristo con los bienes de quien muriese sin legítimos herederos. Y para irse quedando con todo, esgrimía la «infurción», el laudemio usurario (¡incluso al 10 por 100!), las contribuciones ofrecidas por voto en pueblos enteros, la conmutación de penitencias canónicas por pecunia, las funda-

ciones de aniversarios y capellanías, así como las cóngruas de bienes patrimoniales para ordenarse a título de ellas; la parte del producto de la Bula; las misas perpetuas, la inmunidad de tributos (por aprovecharse de la cual, muchísimos daban sus bienes a la Santa Madre para que la Santa Madre les diese las rentas de ellos), los diezmos y primicias... Y, sobre todo, la ventosa mayor, el pulpo máximo: las Comunidades religiosas. Y, de añadidura, la Santa Inquisición, ladronera pía, incansable captadora de fortunas...

¡Frailes, monjas! Cuando «sólo» tenía la Iglesia 98 Ordenes religiosas, en España se padecía cuantiosos ejemplares de todas. Y no ya las 34 vivientes del pordioseo, pero las otras 64, poseedoras de rentas, vivían de exprimir el trabajo español. Ahora...

Nunca, nunca hubo en España la sobresaturación frailuna y monjil que ahora. Los 70.000 frailes y monjas contemporáneos de Felipe II; los 70.000 y 40.000 de unos y otras que tuvo Carlos IV, se quedan muy atrás en número de los de hogaño. Estadísticas particulares hablan hoy de 100.000 frailes y 60.000 monjas, a más de los 30.000 sacerdotes que se desalojó del Presupuesto. Y es natural. ¿No han caído sobre España la mayor parte de los que se sacudieron otros países?

—¡Pobrecitos de mi alma!—gimió Triste I—. La cruel República no les permite seguir quedándose, para santificarla, con toda la riqueza privada de los españoles. ¡Horrible persecución!

—Sí, sí. Pero no se expulsa un solo fraile ni una



monja. No se nacionalizan de verdad los bienes de la Iglesia. Y se legitima la estada en territorio español de los centenares de Congregaciones que allí vivían clandestinamente por obra del Concordato isabelino. Y mientras, cabe repetir lo que en 1715 escribía Macanaz:

«... y han cargado con las haciendas e introducido tales modas de cobrar dinero, que casi todo el de España va a sus manos. Al mismo tiempo se ven niños y niñas huérfanos morir sin asilo ni alimento; los hospitales en la miseria; las parroquias pobres y desiertas (esto es lo único variado en 1933), la República llena de vicios por falta de fondos para recoger y educar mujeres pobres y personas miserables...»

—Y además, por lo visto—agregó Jesús—, la clerecía continúa vendiendo el Bautismo, el Matrimonio, las Misas, las oraciones. Viven los obispos en la máxima opulencia. Y hay Bancos y centenares de industrias propiedad de la Iglesia. Y salen para Roma, por los piadosos cohechos, muchísimos millones cada año. Y están en pie todos los aranceles de las parroquias, de los obispados, de la nunciatura, del Padre Santo...

—Sí, fracasado Redentor—. En la España del siglo XX, igual que en los otros países católicos, se puede repetir, empeorado, lo que en el siglo XVI decía el canciller L'Hopital en el coloquio de Poissy (1.º de septiembre de 1561): «No se puede nacer, morir, ni matrimoniarse, ni hacer el bien, ni arrepentirse del mal, sin pagarles tributo. Lo venden todo: el agua y la tierra, la absolución y el

anatema, sus oraciones y maldiciones. Y a diario discurren nuevas cosas para sacar dinero.»

—¿Y qué?—saltó el Papa sacudiendo su tristeza—. Todo lo de España es nuestro. Lo dijo Gregorio VII en una bula: «España, según consta en las antiguas ordenanzas eclesiásticas, se dió en propiedad a San Pedro y a la Santa Iglesia romana.» Por tanto, es persecución impedirnos que la desplumemos. Además, ¿no sigue consagrada al Corazón de Jesús? Pues, ya dijo el VI Concilio de Toledo que «todo cuanto se consagra a Dios—hombres, tierras y animales—pertenece a los sacerdotes.»

—¿Lo ves, Jesús? ¿Contemplas las uñas de tu honrada Esposa? Y si hay en España personas discretas que prescindan juiciosamente de la hipótesis de Dios, tan innecesaria como caduca...

—¿Qué importa?—replicó triunfal Triste I—. Contra ese artificio nos precavió San Agustín fallando en su carta 53: «Está escrito que el mundo entero pertenece a los fieles. Los infieles no poseen con legitimidad ni un óbolo.»

—Entonces—demandó el Mito semibueno—, ¿entendéis que es perseguir a la Iglesia defender a las gentes contra la gran Avarienta?

—Claro que sí. Es doctrina constante del Pontificado.

—Mira, Satán—declaró con violencia Jesucristo—. Vámonos tú y yo en busca de Judas. Si logramos que él ordene la parte industrial de la Iglesia, de fijo que todos sus negocios parecerán más honestos y menos ofensivos para mí.



Con tales palabras, el Mito semibueno y el Mito malo volviéronse al Cielo tan chusco de la Biblia, mientras el Papa seguía gimiendo: ¡Pobrecita España! ¡Qué montones de bicarbonato me cuestan en cada digestión!

Pero cuando llegaron al Cielo Jesús y su hermano, diéronse de manos a boca con un edicto eclesiástico. Decía. «Cerrado por ampliación del negocio y mejoras en el local.»

Augusta Vivera

# LEA USTED:

En la formidable BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, la obra de actualidad enorme al discutirse la ley de Congregaciones:

## Las Santas garras de la Santa Iglesia

Ejemplar: VEINTICINCO cénts.

¡Es algo formidable de documentación y crítica!

Portada a dos colores, de ARGÜELLO.  
Magnífico papel.

---

### ¡ÉXITO SIN PRECEDENTES!

En nuestra nueva Biblioteca

#### “HOMBRES E IDEAS“

que por ahora substituye a «LA NOVELA PROLETARIA», van vendidos 40.000 ejemplares de

## “La Tiranía Vigilante“

Ejemplar: VEINTICINCO céntimos.

Diez ejemplares, a reembolso, 1,75.

Pedidos a Ediciones Libertad.-Roma, 41

MADRID

Ayuntamiento de Madrid



# LA BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS

lleva publicados los siguientes cuadernos, de muy esmerada presentación: preciosas portadas de ARGÜELLO y magnífico papel:

Número 1: Jesucristo mala persona.--Las alegres abuelas de Jesucristo (denunciada).--3: La absurda virginidad de María (denunciada).--4: ¡Eso de las hostias!--5: La farsa de Cristo Rey.--6: Los chirimbolos del altar.--7: La ignorancia de Jesucristo.--8: ¡Vaya un Cielo el de la Biblia!--9: Jesucristo santifica el matrimonio civil.--10: El pobre Diablo en ridículo.--11: Origen nefando de los conventos (denunciada).--12: Dios Padre, pedrusco.--13: Cristo no fué cristiano.--14: El Sacramento Vaginal.--15: Jesucristo homosexual (denunciada).--16: El santo revoltillo de la Misa.--17: Adán, Eva y

Compañía.--18: 3 decálogos por 10 = 30 mandamientos.--19: Pilato echa las muelas.--20: El cuento de las vírgenes que paren 21: Magos, pastores y otros belenes. -- 22: El Papa que parió. -- 23: Los Apóstoles y sus concubinas.

Cada cuaderno estudia, en forma amenísima y con gran copia de argumentos, un aspecto de la Mitología y el dogma cristiano.

**SU AUTORES AUGUSTO VIVERO**

tan especializado en estos asuntos.

**Precio de cada cuaderno VEINTICINCO CENTIMOS**

Ayuntamiento de Madrid

**Los 23 números a reembolso, 4,05 pesetas**

¡Pronto,  
pronto,  
pronto!

Muy en breve publicaremos

**Francisco Ferrer**  
apóstol.

Importantísimos trabajos y documentos del mártir de Montjuich.

Se agotará  
rápidamente.

Ejemplar, con portada bicolor. ¡25 CENTS!